

11. Pérdida de Prestigio.

A mi regreso en Peshawar, la primera tarde caminé diez minutos a lo largo de la avenida principal hasta el local de venta de helados más cercano para reclamar el regalo en el que había estado pensando en los últimos meses. Aún estaba exhausto de mi viaje al norte de Afganistán, pero excitado por la perspectiva de encontrarme con algunos amigos en el lugar de reunión para los expatriados de todo tipo. El *American Club* estaba situado en University Town, el vecindario más agradable y seguro de Peshawar, en una gran parcela de tierra bien regada y plantada con todo tipo de árboles y flores que prosperaban al calor del Subcontinente. El edificio del club era una simple estructura de cemento de dos pisos, cuadrada y de aspecto similar a la mayoría de los edificios del vecindario, pero considerablemente más grande. El club era el lugar donde periodistas y cooperantes de ayuda humanitaria de todo el mundo se encontraban para compartir bebida y conversación.

Algunos viejos compadres se sentaban en un círculo cerca del bar y cantaban canciones burlándose de los mujahidines en base a las melodías populares de los años '60 que eran rasgueadas en una guitarra. Risas y gritos agregaban ritmo a las canciones mientras éstas circulaban de un lado al otro del salón lleno de humo de cigarrillo y se mezclaban con el resonar de vasos y botellas, que alimentaba la atmósfera festiva. El consumo de alcohol era una parte importante de la vida del club.

El alcohol estaba prohibido por ley para los musulmanes paquistaníes, pero dentro de los límites del club, el whisky escocés y el triunfalismo norteamericano fluían libremente. Podía olerlo en el aliento de los invitados y en el sudor en el aire. Podía escuchar la sin razón del alcohol en las conversaciones más animadas que las habituales, algunas veces excesivamente insistentes, pero a menudo raras y divertidas, aquí en el punto álgido del horario de esparcimiento. La satirización de los mujahidines y de sus líderes era tan solo una parte de las noches habituales de diversión del *American Club*.

Después de mi reciente misión a la parte norte de Afganistán producía una extraña sensación el estar de vuelta aquí. A pesar de lo desesperadas que eran las cosas en el área de la hambruna y de lo agitado que había estado trabajando con las diversas partes en conflicto, aquellas experiencias se percibían sólidas y significativas comparadas con este carnaval social.

Siempre me sentía fuera de lugar cuando entraba en el club. No bebía ni fumaba, y no disfrutaba conversando sobre trivialidades y chismes. Cuando me quedaba en Peshawar, en general permanecía con el personal afgano con el que trabajaba hasta el anochecer. Esto en parte era porque mi oficina y mi alojamiento estaban en el mismo lugar que el de Mohammed Ali, el encargado local de nuestra Fundación. Solo un muro levantado en el medio del complejo nos separaba a ambos. Yo estaba encantado con la oportunidad de aprender sobre la cultura afgana y el idioma con tanta rapidez e intensidad como pudiera.

Había veces en que no podía evitar ir al *American Club* para encontrarme con colegas, y para eventos especiales. Nuestra asociación, la Fundación para la Asistencia Cultural Afgana (*The Afghan Cultural Assistance Foundation*), de vez en cuando realizaba exhibiciones de poesía y música afgana en el *American Club*. También organizábamos veladas donde llevábamos las artesanías hechas por los refugiados de la Fundación para venderlas allí.

El American Club estaba poblado por un grupo peculiar de pintorescos residentes extranjeros: periodistas, cooperantes de ayuda humanitaria, aspirantes a espías, y agentes políticos. La presencia más fuerte en el club era la de una camarilla de periodistas que cubrían la guerra afgana con una marcada tendencia a favor de la intervención estadounidense. A finales de los años 80 los actores claves en este grupo incluían a Kurt Lohbeck del noticiero de la CBS, su novia Anne Hurd del *Mercy Fund* (una organización de caridad pro mujahidín), y Steve Mast, un escritor y periodista independiente. Durante años sus informes habían estado alimentando una imagen positiva de los mujahidines en la prensa norteamericana. Ellos describían a los combatientes afganos como nobles guerreros que luchaban tan solo para liberar a su país de los brutales invasores soviéticos y su gobierno marxista títere.

Desde luego que esto era cierto en un sentido general. La irreprimible voluntad afgana de expulsar al invasor no solo era desgarradora sino también fuente de inspiración para quienes fueron testigo de ella en los primeros años de ese conflicto. Aún así, una sombra se estaba proyectando sobre esta brillante imagen de coraje, un manto de guerra sectaria e interétnica junto con la aparición de aquellos que propiciaban una interpretación dogmática y militante del Islam. Robos, asesinatos, contrabando de drogas, y el reinado opresivo de pequeños señores de la guerra también oscurecían esta

imagen de lucha por la libertad. Sin embargo ninguno de estos temas era cubierto en forma adecuada por la prensa. La camarilla de Peshawar era en parte responsable por esta falta de atención hacia los detalles. Sus miembros estaban ocupados por completo en describir una simple lucha militar. Para muchos de estos periodistas y cooperantes de ayuda humanitaria con motivaciones políticas, los mujahidines afganos estaban haciendo lo que la guerra fría no había sido capaz de hacer: derribar al “Imperio del Mal.”

Conocí a Lohbeck en el Club en algún momento durante el año 1987. Las primeras impresiones que tuve de él fueron divertidas y a la vez de cautela. Él se presentó a sí mismo como una autoridad en todos los aspectos del conflicto afgano. Con el correr del tiempo observé que, aunque tenía muchos conocidos afganos, él no hablaba persa o pashtún. Lohbeck, como la mayoría de los extranjeros en la región, era un “caso especial” para los afganos que flexibilizaban las reglas sociales en presencia de occidentales como él con el fin de lograr conocerlos mejor mientras intentaban obtener su ayuda. Lohbeck intervenía en las conversaciones sobre la guerra y la política americana en la región, con un particular sesgo en favor de los líderes afganos que él pensaba merecedores de ayuda. En verdad su apoyo al Comandante Abdul Haq no admitía duda alguna. Hacía una entusiasta descripción de Abdul Haq como el liberador de Afganistán y como su probable futuro presidente pues, decía él, todos los otros comandantes aceptaban la autoridad de Abdul Haq. Yo sabía que de hecho esta afirmación estaba lejos de la verdad (aunque deseaba que hubiera sido verdadera, pues el Comandante Abdul Haq era uno de los pocos comandantes que era tanto un buen estratega militar como una persona cuyo talante ético no admitía serias dudas). Pero a causa del prejuicio de Lohbeck, era natural que yo me preguntara, como muchos otros, si él tenía la objetividad necesaria para el buen periodismo.

La novia de Lohbeck, Anne Hurd, era la directora local de los programas afganos de *Mercy Fund*, lo cual incluía el *Humanitarian News Service* (Servicio de Noticias Humanitarias). Esta inexpresiva revista incluía la colaboración de algunos de los asistentes frecuentes al *American Club* y se basaba en gran medida en los relatos de los combatientes afganos. Era propensa a descripciones pintorescas e imaginativas de eventos que no satisfacían ni podían satisfacer a un lector crítico. Pienso que la principal función del *Humanitarian News Service* era la de dar una voz de apoyo a la causa de la

resistencia afgana. Pocos en el *American Club* se atrevían o incluso se preocupaban por poner en duda este tipo de reportajes. Pero pobre del que se diese un paso para desafiarlo.

Mary Williams Walsh, una informadora del *Wall Street Journal*, pagó caro por observar con demasiada atención lo que se ocultaba bajo la alfombra y se le escondía al público estadounidense. Rápidamente se volvió impopular entre los periodistas del *American Club* por sus artículos respecto a este lado oscuro de la guerra de liberación.

Walsh había sido la principal corresponsal en el Lejano Oriente y en el sur de Asia para el *Wall Street Journal*; ella llegó a Peshawar en 1987 para observar más de cerca el conflicto. Era natural que Walsh se encontrara con los principales corresponsales locales que cubrían la guerra, incluyendo a Kurt Lohbeck y Steve Masty, este último otro colaborador del *Humanitarian News Service* y en ocasiones redactor de la página editorial del *Wall Street Journal*. Lohbeck dominaba este círculo ciegamente promujahidín del *American Club*. Él y Anne Hurd asumían la tarea de ofrecerse como guías a los periodistas nuevos que llegaban a la ciudad. En parte, ellos consiguieron establecerse en este papel porque, durante aquellos años, el *Mercy Fund* administraba un albergue establecido específicamente para recibir y dar información introductoria a los periodistas recién llegados a la región. A los periodistas también se los ayudaba a concertar entrevistas y viajes por el interior de Afganistán. La guía ofrecida a estos periodistas novatos siempre incluía un discurso propagandístico a favor del Comandante Abdul Haq y sus aliados.

Fue en 1989 cuando en verdad llegué a ver que tipo de daño Kurt Lohbeck y sus asociados de la camarilla de Peshawar podían hacerle a alguien que no les agradase. Mary Williams Walsh había estado informando durante un año o más sobre el conflicto afgano cuando comencé a escuchar rumores sobre ella en el *American Club*. Se la describía como tendenciosa, antipatriótica, que estaba un poco mal de la cabeza, vengativa, y celosa. Se decía de ella que estaba despechada después de haber sido rechazada sentimentalmente por Kurt Lohbeck.

Yo había leído su trabajo y pensaba que era estupendo. En verdad era una bocanada de aire fresco para el lector norteamericano. Ella era una de las muy pocas periodistas estadounidenses que se atrevía a plantear, en la prensa norteamericana, los interrogantes

obvios respecto al casi incondicional apoyo de los EE.UU. a los mujahidines. El suyo era un logro verdadero: presentar en forma conmovedora las duras realidades y los detalles impactantes y la devastación de la guerra. Más aún, sus artículos nos llevaban a preguntarnos qué es lo que nosotros los occidentales, quienes al menos teníamos los ideales de los derechos humanos y de una sociedad igualitaria, en verdad teníamos en común con los mujahidines. A menudo sus palabras reflejaban lo que yo, después de años en la región, estaba sintiendo. Me había vuelto cada vez más desanimado por las luchas internas asesinas de los mujahidines y el abuso de poder de carácter feudal y anti-islámico del cual con frecuencia había sido testigo.

Parece que Mary Williams Walsh desafió laspreciadas suposiciones de la camarilla del *American Club*. Ella también había sacado a la luz irregularidades en las actividades del *Mercy Fund* y estaba a punto de publicar un artículo en el *Wall Street Journal* en el que detallaba la falta de ética en la recolección de fondos y pretensiones falsas sobre el trabajo que la Fundación se atribuía en Afganistán. Ella también cuestionaba la autenticidad de los reportajes de Kurt Lohbeck sobre la guerra en Afganistán. Por razones que después se aclararon, el artículo nunca fue publicado en el *Wall Street Journal*. Sin embargo, este artículo sí apareció al año siguiente en el *Progressive*, junto a otra investigación sobre Afganistán que incluía un relato detallado de lo que había sucedido con Walsh. En ese artículo Walsh expresaba su preocupación respecto a la “corrupción en las noticias y la forma en que se moldeaba la visión y los valores de los televidentes norteamericanos.”¹⁷ En opinión de Walsh, este fue el punto que le resultó imposible de manejar al *Wall Street Journal*. Los editores del *Journal* se excusaron por no publicar su artículo: dijeron que las pruebas eran insuficientes como para respaldar sus afirmaciones y que el público no estaría interesado en una historia así. Parece que también se dio allí un prejuicio ético por parte del editor en jefe del *Wall Street Journal* en su trato con Mary Walsh, probablemente a raíz de la presión del canal de TV de la CBS. Uno puede estar seguro que los rumores distantes provenientes del *American Club* también tuvieron impacto. Un amigo de Walsh oyó por casualidad que un editor en jefe del *Wall Street Journal* relanzó el viejo rumor que Walsh había escrito un artículo que dejaba en mal lugar a Lohbeck porque había mantenido un romance con él que había fracasado. En palabras de Walsh: “Me llegué a preguntar para que me había tomado la molestia de contarles algo a semejantes editores, si en lugar de escuchar lo que yo tenía que decir, ellos preferían aceptar fantasías lunáticas como esas.”

En octubre de 1989 Mary Williams Walsh dimitió del *Journal*. En 1990, el informador respetado internacionalmente John Burns escribió en el *New York Times Magazine* que: “En el American Club de Peshawar, los reporteros escépticos de un enfoque que celebrase las virtudes de los rebeldes caían en el ostracismo. A una visitante, Mary Williams Walsh del *Wall Street Journal*, después de informar con sarcasmo acerca de la propaganda en favor de los rebeldes con la que se encontró, se le ‘suspendió’ la entrada al club. Cuando en el otoño de 1989 noticias respecto a su partida del *Journal* llegaron al *American Club*, algunos de los periodistas *free lance* involucrados invitaron a una ronda de tragos “para todos.”¹⁸

El alivio que ellos sentían por la partida de Mary Walsh era comprensible. Mary Williams Walsh había provocado un escándalo con sus artículos en el *Wall Street Journal* cuando cuestionó el apoyo incondicional de los medios de comunicación hacia los mujahidines y examinó a fondo la honestidad y fiabilidad de las noticias que cubrían la guerra. Pero luego Walsh sacó a la luz algo aún más dañino: el pasado criminal de Lohbeck.

Walsh descubrió que Lohbeck tenía antecedentes penales que se remontaban a 1965 cuando fue a prisión por pasar algunos cheques sin fondos en Garden City, Kansas. Finalmente Lohbeck pasó un tiempo en prisión después de ser condenado por un juez de Nuevo México por haber dejado un rastro de cheques sin fondos. También, alrededor de esa época, se lo condenó por abusar físicamente de una mujer, y tiempo después fue acusado de cargar decenas de miles de dólares a una tarjeta de crédito sin la autorización de la titular de la misma, otra mujer con la que él había estado involucrado. Parece que Lohbeck, a la luz de estas revelaciones sobre él, decidió combatir el fuego con fuego. Después de todo, las acusaciones están hechas de palabras, palabras que pueden describir acontecimientos tanto reales como ficticios. Lohbeck tenía experiencia en el arte de usar las palabras, y era consciente del poder de las palabras para anular la distinción entre hechos y ficción. Claramente su lengua venenosa estaba lista para atacar a quienquiera que se opusiera a su estrecho punto de vista pro-mujahidin. El *American Club* era un lugar de extraordinaria efectividad para esparcir esta clase de rumores. Tan pronto como Lohbeck y su camarilla inventaban una acusación nueva, la historia se propagaba alrededor del club como reguero de pólvora. Luego los rumores se

trasladaban del *Club* al ambiente políticamente convulsionado de Peshawar y aún más allá.

Mary Williams Walsh no fue la única que se quejó cuando supo de las historias humillantes que se esparcían respecto a ella. También otros periodistas se sintieron indignados por las acusaciones que contra ellos habían circulado a finales de los años 80 en el entorno de Peshawar. Algunos de estos rumores infames sin dudas pusieron en peligro algunas vidas, tal como el caso del periodista israelí que fue acusado de ser un espía del Mossad, o el caso de un conocido mío de nacionalidad suiza a quien se etiquetó como agente de la KGB; todo esto por parte de la camarilla del *American Club*.

Durante varios años había evitado al *American Club* y todas sus controversias, así que me sorprendí al descubrir que yo también era la causa de un alboroto menor entre algunos miembros del Club. A mi regreso desde el norte de Afganistán, a finales de 1989, me convertí en un hombre marcado. Mis propias opiniones respecto al suministro de ayuda humanitaria al interior de Afganistán se habían hecho trizas por completo por lo que había visto allí. La suposición generalizada era que buena parte de la ayuda humanitaria destinada a Afganistán era distribuida entre sus beneficiarios. Después de viajar a lo largo del norte del país, observé que en verdad solo una cantidad lastimosamente insignificante de esta ayuda entraba a Afganistán desde Pakistán.

A mi regreso a Peshawar, hice un par de presentaciones respecto a la hambruna de la cual había sido testigo y hablé más abiertamente respecto a la lucha interna descontrolada entre los mujahidines. Yo estaba a favor de las entregas de trigo que se iban a realizar por medio de un programa coordinado entre el gobierno marxista afgano en las ciudades y los líderes mujahidines de las áreas rurales. Mis opiniones me colocaron en el lado equivocado de la camarilla del *American Club*, a la que le molestaba que alguien llegara a cooperar con el régimen marxista, aunque fuese para socorrer una hambruna. A principios de 1990 los niveles de desnutrición en el norte de Afganistán se habían vuelto tan alarmantes que, en mi opinión, el tema de la inminente hambruna de miles de personas prevalecía sobre cualquier otra preocupación.

Mantuve con Lohbeck y otras personas varias conversaciones tensas aunque educadas respecto a mi opinión de que el programa de cooperación era necesario para aliviar la hambruna. En esa época se me estaba evaluando para un empleo por parte del

Programa para el Desarrollo de Las Naciones Unidas (*United Nations Development Program*) para colaborar con la entrega de trigo en el norte de Afganistán.

En abril de 1990 yo había firmado contrato con el programa de la ONU y estaba en camino rumbo a Kabul y Mazar-i Sharif donde instalaría mi base. Después de un par de meses de trabajo agotador pero exitoso en la entrega de trigo en el área bajo mi responsabilidad, regresé a Peshawar para tomar un descanso antes de ir a los Estados Unidos. Me quedé sorprendido al enterarme de que circulaban rumores sobre mi persona y nuestra organización, la Fundación de Asistencia Cultural Afgana (*Afghan Cultural Assistance Foundation*). El rumor más perjudicial era que yo era un marxista, o al menos un simpatizante marxista.

Asimismo me sentía perturbado por la acusación de que nuestra organización había malversado o gestionado en forma incorrecta los fondos que nos había confiado el Alto Comisionado para Refugiados de las Naciones Unidas (en inglés: UNHCR) destinados a los proyectos de artesanía que dirigíamos en los campos de refugiados. Tenía poco tiempo para intentar aclarar las cosas antes de volver a California. Cuando partí las cosas solo empeoraron. Recibí cartas extrañas y llamados telefónicos de amigos y conocidos en las que me preguntaban qué era lo que estaba pasando. Particularmente dañino era el rumor de que yo había tomado partido por el gobierno marxista, después de haber pasado años cultivando una relación de confianza con muchos de los comandantes de la resistencia en las áreas del norte de Afganistán. En verdad muchos de ellos sabían que yo tenía que trabajar con funcionarios del régimen marxista a los efectos de hacer viable el programa, y esto no les causaba ningún problema. Otra cosa eran los sentimientos de los afganos en Peshawar. Quedó claro que yo ya no podría seguir trabajando allí a causa del impacto de estos rumores.

Los rumores respecto a nuestra Fundación eran desconcertantes, dado que un miembro del personal del UNHCR llamado Khalid Shah recientemente había visitado el local de nuestra Fundación en California, donde nosotros vendíamos las artesanías afganas realizadas en nuestros proyectos en los campos de refugiados en Pakistán. Khalid Shah había supervisado el proyecto desde el principio y durante sus visitas fue perfectamente informado de que estábamos produciendo más alfombras de las que podíamos vender en el atiborrado mercado de alfombras norteamericano. Las alfombras se acumulaban en almacenaje, y menos dinero del previsto se hallaba disponible para

los proyectos en los campos de refugiados. Yo ya había anunciado a mi personal en Peshawar, meses antes de ir a las áreas de hambruna del norte de Afganistán, que debíamos reducir el número de tejedores en los campamentos de refugiados. El rumor que Lohbeck, su nueva esposa, y otros miembros de la camarilla del *American Club* estaban esparciendo era que yo les estaba ofreciendo a esos tejedores continuar con sus empleos solo si ellos regresaban a sus hogares en el peligroso norte de Afganistán. De hecho, nosotros no podríamos haberlos empleado de ninguna manera porque el mercado estaba saturado de alfombras. La afirmación de que gestionábamos en forma incorrecta los fondos del UNHCR parece que se originó en algunos de los miembros del personal local del UNHCR que alternaban con la camarilla del *American Club*.

Varios de mis amigos en Peshawar me mantenían informado sobre los rumores que estaban circulando. En el ínterin, el encargado del proyecto de nuestra fundación en Peshawar, Mohamed Ali, aceptó una invitación de la esposa de Lohbeck para colaborar en un nuevo proyecto que ella estaba concretando. Incluso la esposa de Lohbeck fue a ver a destacados amigos míos afganos en los Estados Unidos, con la esperanza de convencerlos de que yo estaba trabajando con los marxistas y de que estaba involucrado en la malversación del dinero del UNHCR. Uno de esos amigos, mi querido mentor Homayon Etemadi, fue lo bastante listo como para seguirle la corriente de modo de poder mantenerme informado.

Luego recibí una comunicación oficial del UNHCR en Peshawar en la que exigían tomar el control de los fondos de nuestra Fundación financiados por la ONU. Este fondo es una reserva acumulada de capital inicial usado para financiar grandes proyectos tales como el nuestro. La oficina de Peshawar del UNHCR respondió como si no hubieran recibido los informes financieros trimestrales que nosotros les habíamos presentado. Ellos no reconocían que uno de sus propios funcionarios, Khalid Shah, había visitado nuestro local en California y había verificado que la situación se correspondía a lo que les habíamos informado. Más aún, nosotros teníamos varios años de contratos escritos con el UNHCR que claramente estipulaban que nuestra Fundación, no el UNHCR, determinaría el uso futuro del fondo financiero que ahora ellos querían controlar. Cuando intenté contactar con los funcionarios del UNHCR en Peshawar para responder a sus preocupaciones en referencia a los términos explícitos del contrato que nos ligaba,

ellos no atendieron las preguntas que les formulé. Todo esto no era del todo inesperado, dado la atmósfera políticamente convulsionada en Peshawar.

Estaba perturbado por todo esto cuando fui a Washington DC, en enero de 1991, en un intento de resolver el tema con el director en los EE.UU del UNHCR, John McCallin. Cara a cara le expliqué todo el asunto. Para mi sorpresa, a pesar de los términos del contrato, él sostuvo que las exigencias hechas por la oficina del UNHCR en Peshawar tenían que ser respetadas. La reunión fue improductiva. Tan sólo después de que enviara una comunicación oficial a la oficina central del UNHCR en Ginebra, en la que explicaba el tema y amenazaba con divulgar a la prensa los contratos y la correspondencia contradictoria por parte del UNHCR, desistieron ellos de su propósito.

Aún así, a través de todo esto aprendí una lección muy importante, tanto personal como profesional. Estaba siendo zarandeado sin descanso entre estas varias acusaciones que parecían estar más allá de mi habilidad de aclararlas. A pesar de mis mejores esfuerzos por responder a las acusaciones, finalmente me di cuenta de que tenía que aceptar la pérdida de mi buen nombre y reputación. Este fue el precio que pagué por denunciar lo inútil que era trabajar para la reconstrucción de Afganistán desde una base en Pakistán, y por participar en la misión de alivio a la hambruna en Afganistán en coordinación con el gobierno marxista. La verdad era que la mayoría de mis conocidos en Peshawar continuarían creyendo los rumores y no buscarían una aclaración de lo que en verdad había sucedido. Acepté una lección importante en la vida: no debemos estar tan preocupados por lo que la gente piensa. Acepté que no lograría aclarar el asunto en la mente de mucha gente y que era suficiente con seguir mi propia conciencia.

Mientras todo esto estaba ocurriendo, me di cuenta de lo difícil que era vivir de acuerdo a mis ideales espirituales. Había estado a la defensiva y preocupado respecto a lo que la gente pensaba de mí. Me sentía avergonzado y humillado, como así también enojado, con aquellos que habían iniciado los rumores y con aquellos que los aceptaron sin escuchar mi versión de los hechos.

En el camino espiritual del Sufismo hay una noción interesante acerca del *malamati*, “el reprochable”, quien en realidad busca el rechazo de la gente al involucrarse en actos socialmente inaceptables. El *malamati* busca liberarse del “yo” socialmente creado o de la personalidad que saca provecho de la alta consideración que le otorgan otras personas

y que tiene pavor al descrédito público. En verdad siempre consideré esta noción como maravillosa e interesante. Yo nunca había conocido la pérdida de prestigio y el buen nombre, así que tampoco sabía hasta que punto valoraba la opinión que la gente tenía de mí. Me sentía obligado a justificarme, a limpiar mi nombre. Cuando el enfoque del *malamati* se abrió paso en mi mente, reflexionaba: “¿Por qué es que *me importa* tanto lo que estas personas piensan de mí? ¿Por qué no seguir adelante y dejar que ellos piensen que he tomado dinero o que he hecho las otras cosas que me atribuyen?”

También venía a mi mente una imagen del Taoísmo, la del árbol más alto que es el primero en ser derribado por los fuertes vientos. Me habían ignorado o era bien considerado hasta que me convertí en el foco de atención. Fue después de regresar de Afganistán y comenzar a hablar en público respecto al conflicto entre los mujahidines y de la porción lastimosamente insignificante de ayuda humanitaria que en verdad lograba entrar a ese país, cuando el viento sopló con vehemencia y el árbol se vino abajo.

Durante mi viaje a Washington, a principios de 1991, me reuní con el congresista Duncan Hunter. El año anterior yo había ido con él a ver al Consejero de Seguridad Nacional Brent Scowcroft para informarle sobre las violaciones de los soviéticos al acuerdo de paz firmado en 1989. Le conté a Scowcroft acerca de los recientes bombardeos soviéticos de los que había sido testigo en el norte de Afganistán. Un año después, Duncan Hunter seguía interesado en Afganistán, aunque la atención del mundo se había desplazado hacia otros eventos históricos. Mientras estábamos sentados y hablábamos en la oficina de Duncan, un televisor en un rincón transmitía imágenes sorprendentes del comienzo de una nueva era.

El muro de Berlín se desplomaba. Se mostraba a los alemanes alegres abrazándose entre ellos donde alguna vez se había levantado un símbolo tan sólido de un mundo dividido. Sin que ninguno de nosotros lo supiéramos, una nueva división en el mundo – aún más siniestra- estaba por aparecer. Tal división ya germinaba en Afganistán, en la comunidad creciente de jihadistas islamistas que llegaban de todas partes del mundo árabe e islámico. Centros de entrenamiento del islamismo radical ya estaban preparando a cientos, sino miles, de nuevos jihadistas para misiones más allá de Afganistán. Mientras tanto, los Estados Unidos estaban en víspera de una nueva guerra, una que tendría consecuencias perdurables: la primera guerra contra Irak.

Duncan Hunter escuchó atentamente mis problemas, aunque en verdad ahora estos parecían pequeños, en el panorama global de las cosas. A pesar de una agenda en extremo ocupada, él expresó su buena predisposición para ayudarme, hasta donde pudiera. Cuando le dije que gran parte del problema parecía originarse en la fabricación de mentiras por parte de Kurt Lohbeck, de repente el destino intervino en mi ayuda. El asistente de Duncan Hunter, un hombre elocuente y de carácter fuerte llamado John Palafoutas, se metió en la conversación con algunas noticias sorprendentes. Él conocía a Lohbeck desde hacía años. Por casualidad, John una vez tuvo una novia que compartió una casa con Lohbeck. Él estaba bien informado acerca de la proclividad de Lohbeck a manejarse con desdén y falsedad. Después de escuchar mi historia espetó:- ¡Lohbeck es un verdadero mentiroso!

No podía creer lo que estaba escuchando. Estaba sorprendido por esta repentina buena fortuna. Yo me había mostrado reticente a darle demasiada importancia a mi problema, pero John comprendió la situación de inmediato y expresó lo que pensaba. Mi historia, apoyada por las afirmaciones de John, fue suficiente como para que Duncan Hunter ordenara a su personal hacer una llamada telefónica a un ejecutivo de la CBS que él conocía. En pocos minutos, ellos me pusieron en línea con él. Le pregunté al ejecutivo si él sabía que Kurt Lohbeck era un agente político con objetivos ocultos. Cuando él me contó acerca de los engaños de Lohbeck, le pregunté si había leído el artículo sobre Mary Williams Walsh en el *Progressive* de mayo de 1990. Respondió que había escuchado rumores respecto a Mary Walsh pero que no podía responder a esas acusaciones. El ejecutivo de la CBS me preguntó acerca de mi propia situación.

Dije: - Lohbeck y sus amigos me han tildado de comunista. Ellos también han ayudado a propagar rumores respecto a que nuestra Fundación está intentando forzar a los refugiados carentes de toda ayuda a regresar a Afganistán. Me han descrito como un partidario del régimen marxista que allí existe.

Para finalizar le pregunté: - ¿Tiene usted idea de lo duro que será para mí trabajar desde Peshawar con esa etiqueta en la cabeza?

Él se mantuvo en silencio por un momento y luego preguntó:

Señor Darr, ¿si nosotros rescindimos el empleo de Lohbeck, sería eso satisfactorio para usted?

No podía creer lo que escuchaba. No esperaba una respuesta tan fuerte e inmediata. Había esperado que la llamada tuviera algún impacto, pero esto no lo podía haber imaginado. Si Lohbeck era despedido, eso no limpiaría mi nombre, pero en verdad haría justicia. Y lo más importante: protegería a otros de abusos similares.

- Sí, eso sería satisfactorio. –Respondí.

Colgamos el teléfono y me senté allí repasando nuestra breve conversación. Para ser franco, yo no estaba seguro de si su oferta había sido real. El ejecutivo, que durante la llamada no se identificó, evidentemente cumplió con su promesa y de inmediato. Fue solo cuestión de minutos antes de que una llamada proveniente de Peshawar, Pakistán, llegara a la oficina de Duncan Hunter. Lohbeck estaba en línea y después de ser despedido de CBS estaba más enloquecido que un nido de avispas. Aunque yo solo escuché de pasada las réplicas firmes de John a las objeciones de Lohbeck, él después me confirmó que Lohbeck estaba furioso. Más tarde ese día, mientras seguía pensando acerca de lo que había sucedido, me di cuenta de que la CBS debía encontrarse al final de su paciencia con Lohbeck, al margen de mi particular conflicto con él. Mi suposición es que la conversación telefónica tan sólo inclinó la balanza en apoyo a una decisión que ya habían tomado.

Kurt Lohbeck no era el único lastre afgano que pesaba sobre las espaldas de la CBS. Otro reportero contratado por la CBS, Mike Hoover, había sido acusado de montar algunas de las secuencias de la guerra afgana vendidas a la cadena. Las acusaciones contra Hoover fueron aireadas a finales de 1989 cuando el *New York Post* las expuso a través de la reportera Janet Wilson. Incluso Dan Rather fue blanco de las críticas por no verificar en forma suficiente la autenticidad del trabajo de Hoover. Más tarde Edward Girardet, corresponsal del *Christian Science Monitor*, escribió que:

“Los comandantes guerrilleros se reían haciendo chistes acerca del montaje de los eventos del señor Hoover, o la filmación de ‘las acciones’ en los campos de entrenamiento en Pakistán. Expertos militares, que habían visto algunas de las imágenes del señor Hoover, entre otras cosas notaron que un supuesto MIG soviético era en

realidad una versión china que ostentaba una insignia paquistaní; una mina que era desactivada cuidadosamente por los mujahidines frente a las cámaras aparecía sin detonador; la supuesta explosión de proyectiles de artillería o mortero sugería que previamente se habían colocado explosivos en el terreno.”¹⁹

Años más tarde, la totalidad del episodio me llevó a preguntarme cuan a menudo el público norteamericano es engañado por la prensa. O ¿es el público engañado muy a menudo por fuerzas tendenciosas dentro de la prensa? Los informes en los Estados Unidos acerca de la guerra afgana contra el marxismo eran escasos y distorsionados. Mientras tanto, los contribuyentes norteamericanos pagaron miles de millones, durante varios gobiernos, para apoyar a los mujahidines. La mayor parte de ese dinero nunca llegó a la gente que se intentaba ayudar. En lugar de eso, quedó en poder de los funcionarios paquistaníes y los agentes que dirigían la intervención de los EE.UU en la guerra. Fue bajo la influencia paquistaní y con un asentimiento tácito de la inteligencia de los EE.UU que los contribuyentes norteamericanos pagaron para que los grupos islamistas más radicalizados predominaran sobre las organizaciones de la resistencia afgana más moderadas y pro-occidentales. La historia del siglo XXI estaría marcada por esta tragedia, al menos en parte por la miopía de la política norteamericana.

¹⁷ Erwin Knoll, “Journalistic Jihad”, *Progressive*, Mayo de 1990, páginas 17 a 22. Ver también Mary Williams Walsh, “Strained Mercy”, *Progressive*, Mayo de 1990, páginas 23 a 26.

¹⁸ John Burns, *New York Times Magazine*.

¹⁹ Edward Girardot, *Christian Science Monitor*.